

Buenas tardes a todos:

Hoy me ha correspondido a mí abrir la presentación de *La estirpe del aire*, obra de Bartolomé Nieto Munuera. Ya les anticipo que puede ser un día de contradicciones. No será la menor de esas contradicciones el hecho de que lo que planificamos como un momento de gran alegría con la presencia aquí de Bartolomé, de Tolo, se haya convertido en nuestro homenaje póstumo.

Bartolomé Nieto falleció el día dos de julio de este año alimentando hasta el último momento su deseo de estar presente. Era licenciado en filología árabe por la universidad de Granada; pero siempre tuvo una gran vinculación afectiva con nuestra universidad, de modo que pueden imaginar su ilusión por ver presentado su libro aquí. Falleció por esa enfermedad llamada ELA (Esclerosis Lateral Amiotrófica), que ha dado lugar en los últimos tiempos a esa, también contradictoria, mezcla de solidaridad y frivolidad inspirada por videos de cubos de agua helada.

Todos nosotros hemos leído, seguramente valorado, y ocasionalmente incluso comprendido, obras literarias de personas que, en la mayoría de los casos, nunca hemos conocido. Hoy, sin embargo, me parece inimaginable separar estos versos de mi conocimiento de la excepcional persona que los escribió. Es posible que mi sentimiento nuble mi juicio, por eso me parece obligado presentar este libro a quienes puedan leerlo desde la neutralidad afectiva.

Decía Diderot que la calidad de la obra es independiente de la condición moral de su autor y ponía a Jean-Phillippe Rameau como ejemplo de que una obra excelsa puede ser el producto de un individuo detestable. En el caso de Tolo hay, por el contrario, una vinculación entre sus poemas y su vida, algo así como lo que hizo a Goethe titular *Poesía y Verdad* a una parte de su biografía. Estos poemas poseen, y de eso puedo dar fe, **autenticidad**.

Estos días revisaba por cuestiones académicas uno de nuestros cursos abiertos por Internet que versa sobre estadística. Me llamó la atención un vídeo, que se encuentra entre los materiales del curso, que decía "Los datos brutos no son conocimiento". Me llamó la atención por su coincidencia con lo que señala este marcapáginas que se ha confeccionado para una lectura

poética. Si la ciencia requiere de análisis y mucha síntesis para que los datos recogidos se conviertan en conocimiento, también nosotros necesitamos de algo que permita dotar de sentido a lo vivido. Ya les anticipa ese marcapáginas que Tolo no tuvo más religión que la poesía. No quiere ello decir que viviera en una especie de mundo aislado. Por el contrario, en su vida personal fue un ejemplo de compromiso cívico. Pero su compromiso por mejorar el mundo se manifestó también en ese empeño de todo poeta: llegar a sus semejantes a través de la emoción inteligente, la que apela a lo mejor de cada uno, a lo que nos unifica como humanidad. Fijense que poema tan oportuno en los tiempos que corren, y que se titula *Patria*:

*Por esa tierra abierta
en fronteras de papel
la sangre se despliega en banderas
pero el mapa
no es el territorio*

Decía Zaratustra: “Yo amo a quien no necesita para vivir una razón más allá de las estrellas”. Bartolomé Nieto tuvo el coraje de afrontar su vida sabiéndose finito, queriéndose finito. Tuvo el inconmensurable valor de vivir con sus propias ideas en un mundo en el que los verdaderos cobardes suelen estar más bien dispuestos a matar y morir por ideas ajenas. No necesitó que ningún dios lo acompañase hasta las puertas de la muerte, llegó solo y la miró de frente. No sé si recuerdan ustedes el final de las *Memorias de Adriano* que dice:

Mínima alma mía, tierna y flotante, huésped y compañera de mi cuerpo, descenderás a esos parajes pálidos, rígidos y desnudos, donde habrás de renunciar a los juegos de antaño. Todavía un instante miremos juntos las riberas familiares, los objetos que sin duda no volveremos a ver... Tratemos de entrar en la muerte con los ojos abiertos...

Nunca me ha tocado hablar en esta universidad de algo tan personal. Doy fe de que en Tolo la persona y la obra van, como dije antes, íntimamente unidas.

Fui testigo de sus últimas horas de consciencia y puedo asegurar que algunos de los poemas de este libro prefiguran con clarividente exactitud su final.

Quiero leerles el penúltimo poema de este libro, llamado *Jardines de Ítaca*:

*He llegado
confundido con el río
a los jardines de Ítaca.
La muerte fue laboriosa,
se ha tomado su tiempo.*

*He vuelto en el vagón
difunto de las horas amargas
y todo lo que estaba por hacer
alguien sin licencia lo compuso:*

*praderas donde galopa el mar
la joven factoría de los bosques
el roce sospechoso de las formas
un viento fresco que no se espera
en la esquina imprecisa del cielo*

*¿quién ha usado mi tiempo
y mis fatigas?*

*¿quién ha puesto sin permiso
la metáfora limpia
el fuego inocente
y espirales verdes en la orilla
de una sima impenetrable?*

*La música sostiene
el fragor de los pájaros
y anuda con lazo invisible
mis manos a los bancos de anémonas
y a las tormentas de verano*

*el canto indiviso
la tierra líquida*

*no posesión
dentro*

Permitan que me despida, no de ustedes, pues espero que nos volvamos a ver, sino de él con un “buenas noches, dulce Príncipe”.